

— 1 —

¿Qué significa ser Iglesia?

Ser Iglesia es una vocación, un llamado que recibimos de Dios a participar de la riqueza de su misterio, especialmente por medio de nuestra relación con Jesucristo. Hablar de la Iglesia es hablar de quiénes somos: seres humanos creados a imagen y semejanza de Dios llamados a participar de su amor; mujeres y hombres de fe en relación con Dios para vivir nuestra existencia en plenitud.

¿Qué significa ser Iglesia? Ésta es la pregunta que nos hacemos en este capítulo. Es la misma pregunta que nos acompañará en el resto del libro. El término “iglesia” con frecuencia se limita al nombre de un edificio o quizás a un grupo pequeño de personas que proclaman ciertas convicciones de fe. A veces reducimos el concepto de “iglesia” a una institución visible como las muchas que existen en nuestra sociedad, y por ello tendemos a pensar que la Iglesia es primordialmente el conjunto de líderes que la representan: sacerdotes y obispos, religiosos y religiosas, quizás algunos teólogos, educadores y figuras públicas. Cuando

hablan estas personas, asumimos que “la Iglesia” ha hablado. Cuando algunas de estas personas fallan, tendemos a pensar que “la Iglesia” ha fallado. Aunque hay un elemento de verdad en ambas observaciones, la Iglesia es mucho más que un grupo específico de personas que representan una institución; ciertamente es una realidad más importante y más que un simple edificio.

La palabra “iglesia” tiene sus raíces en la tradición judía en el Antiguo Testamento. Allí en el Antiguo Testamento nos encontramos con una palabra en hebreo que se usaba comúnmente para hablar de un grupo de personas reunidas: *Qahal*. Esta palabra hace referencia a una comunidad convocada por alguien. Una *Qahal* podía ser una comunidad de personas llamadas a estudiar un tema o quizás a discutir una realidad política o un problema urgente de la comunidad. También, una *Qahal* podía ser un grupo de personas con un interés común. Con frecuencia, quien convocaba el grupo o *Qahal* era la persona que facilitaba la conversación y establecía las directrices para dialogar o para llevar a cabo las metas del grupo.

Pues bien, teniendo como referencia este mismo concepto, el pueblo de Israel, pueblo elegido por Dios para anunciar a la humanidad su Plan de Salvación, es partícipe de la Revelación de Dios y por medio de esta experiencia comienza a verse y a entenderse como *Qahal* Yahweh, es decir como la comunidad que Dios ha convocado. Esta comunidad, *Qahal* Yahweh, tiene varias características específicas:

1. El origen de este grupo o comunidad no es exclusivamente humano. No se trata de alguien diciendo un día: “vamos a inventarnos a un dios para seguirle y luego pensamos en unas reglas que nos ayuden hacer esto”. Tampoco se trata de un grupo que sigue un mito o una ideología, como pudiera ser el caso de las religiones politeístas. El punto de partida de *Qahal* Yahweh es el llamado de Dios. He aquí el

elemento vocacional y al mismo tiempo trascendente. Dios llama a la humanidad por medio del pueblo de Israel a ser *Qahal* Yahweh como parte de su vocación, su razón de ser. Dios escoge libre y gratuitamente entrar en relación con el pueblo de Israel.

2. Toda *Qahal*, asamblea o comunidad tiene un propósito. La comunidad del pueblo de Israel desde un principio entendió que su propósito era vivir en relación con el único Dios, el Dios del monoteísmo, el Dios de la creación que los bendecía, el Dios que los había llamado. Ellos sabían que esa relación les llevaría a su realización. Por eso desde el Antiguo Testamento queda bien claro que la Iglesia es una comunidad llamada por Dios. En el Nuevo Testamento esta convicción se profundizaría mucho más. Para los cristianos, dicha asamblea llamada por Dios se entiende de manera única y novedosa al experimentar la plenitud de Jesucristo. Sí, Jesucristo, Palabra de Dios hecha carne. Pero especialmente Jesucristo en su Misterio Pascual: muerto y resucitado; vencedor de la muerte y del pecado. La Iglesia, a la luz de su fe en Cristo Jesús, se entiende como comunidad llamada por Dios para darle gloria por medio del Señor, el *Kyrios*, por quien todos recibimos la Salvación.

Al leer con atención tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo Testamento descubrimos entonces que la Iglesia es parte fundamental del misterio de salvación que Dios revela a la humanidad. La Iglesia es la comunidad que Dios quiere desde un principio. Toda la humanidad, por ser creada por Dios, está llamada a ser Iglesia. Dios llama a la Iglesia para ser instrumento de salvación. Por eso cuando limitamos la definición de Iglesia a un grupo pequeño de personas, o a un edificio, o a una serie de intereses particulares, perdemos de vista no solo la intención de Dios según su Plan, sino también el significado

más profundo de lo que significa ser Iglesia. Al hablar de Iglesia debemos partir de la intención inicial de Dios para la humanidad y de su Plan de Salvación, el cual encuentra su máxima expresión en Jesucristo. Como parte del Plan de Dios, somos llamados desde un principio a vivir y participar en la experiencia divina. Al mismo tiempo, la dimensión escatológica¹ del Plan de Dios nos revela que ser Iglesia tiene implicaciones para la vida presente y la vida eterna; lo que ocurre en nuestras vidas ahora y lo que ocurrirá más allá de la muerte—después de nuestra experiencia histórica—están íntimamente relacionados.

El sentido del término *Qahal* llega al Nuevo Testamento con la palabra griega *ekklesia*, la cual también significa reunión o convocación. El término griego a su vez se traduce al latín como *ecclesia* y de ahí llega al idioma español como Iglesia. En inglés la palabra *church* tiene sus raíces en la palabra alemana *kirche*, que significa pueblo, reunión. *Kirche* también hace referencia a una intención en particular: Dios llama a un pueblo. La Iglesia no es una invención humana. La Iglesia nace de la intimidad de Dios y del deseo divino por medio del cual nos llama e invita a participar de su amor salvífico.

Raíces Trinitarias de la Iglesia

Si la Iglesia es fruto del deseo de Dios de entrar en relación con la humanidad, ser Iglesia es ante todo una vocación, un llamado, una invitación. Nos preguntamos, entonces: ¿de dónde nace ese deseo divino de invitarnos a ser Iglesia? La respuesta es sencilla: de lo íntimo de la experiencia de Dios que es Trinidad; de lo más íntimo del ser de Dios.

Para poder hablar propiamente de la Iglesia desde una perspectiva cristiana católica, antes de enfocarnos en estructuras, su misión, prácticas, dogmas y doctrinas, necesitamos adentrarnos en la experiencia Trinitaria, es decir la experiencia de Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Sabemos por revelación, especialmente por medio de Jesucristo, que la Trinidad es un Dios de amor. El ser de Dios es ante todo una experiencia profunda, infinita y perfecta de amor entre las tres personas de la Santísima Trinidad. En esta comunidad Trinitaria el Padre ama perfecta e infinitamente al Hijo y al Espíritu Santo. El Hijo ama perfectamente e infinitamente al Padre y al Espíritu Santo. El Espíritu Santo ama perfecta e infinitamente al Padre y al Hijo. El Padre desde la eternidad—sin principio ni fin—engendra al Hijo, y del amor entre el Padre y el Hijo procede el Espíritu Santo, tal como proclamamos en el Credo. Esta comunidad Trinitaria, comunidad de amor divino, es una comunidad que genera vida de manera inmensa, profunda y perfecta.

Aunque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas divinas distintas, en esencia son una comunidad de iguales. Los tres son personas divinas: el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios. De esta experiencia de igualdad y perfección divina surge una explosión de amor que genera vida, la cual la tradición cristiana conoce como la **gracia**. La gracia de Dios es su vida íntima, una vida de amor infinito, la cual genera vida y es compartida generosamente.

Cuando Dios crea a la humanidad, Dios lo hace a imagen y semejanza suya. Somos expresión de la intimidad de Dios. Todo ser humano, sin excepción alguna, es creado con la dignidad de ser hija e hijo de Dios. Existimos porque somos amados primero por Dios, misterio Trinitario. Al mismo tiempo, somos creados con la capacidad de amar íntima y profundamente con el amor de Dios. Con frecuencia cuando nos referimos a la *caridad*, decimos que se trata de “amar como Dios”. Aunque la afirmación es inspiradora, es un tanto inexacta porque solo Dios ama como Dios. Nuestra condición de seres creados y finitos nos impide compararnos con Dios. Pero al contemplar el misterio Trinitario, descubrimos que la *caridad*, en su sentido más

profundo, consiste en *amar con el amor de Dios*. Esto nos hace instrumentos por excelencia del amor divino en nuestras vidas; vasos sagrados—aunque frágiles—en los cuales Dios derrama su gracia divina para amar al mundo con un amor misericordioso y transformador.

La vocación del ser humano desde el momento en que comienza su existencia es vivir en relación con los demás tal como las personas divinas viven en relación las unas con las otras en lo íntimo de la Trinidad. Estamos llamados a vivir una relación de entrega mutua y profunda, una relación de amor misericordioso, una relación de igualdad.

Al entrar en relación con el Dios de la Revelación, especialmente por medio de Jesucristo, y al aceptar nuestra vocación a la salvación, hacemos realidad el Plan original de Dios: ser Iglesia. Por consiguiente, la Iglesia es aquella comunidad que responde a la invitación de Dios a que vivamos según la vocación para la cual hemos sido creados. La Iglesia es una comunidad de personas capaces de amar con el amor de Dios, quien es comunidad Trinitaria. La Iglesia es una comunidad de personas llamadas constantemente a participar en el Misterio Pascual de Jesucristo, expresión del misterio Trinitario. La vida sacramental nos ayuda a adentrarnos en dicho misterio.

San Pablo nos recuerda en la Carta a los Romanos (6,3-5) que por el Bautismo participamos en el Misterio Pascual del Señor: morimos con Cristo Jesús para resucitar con él a una vida nueva. Ese momento del Bautismo es una experiencia profundamente Trinitaria. Es una experiencia por medio de la cual los que hemos aceptado al Señor con el don de la fe—la fe de la Iglesia—participamos en el Misterio Pascual de Jesucristo gracias a la acción del Espíritu Santo. Por medio del Bautismo nuestras vidas entran en una relación nueva, una relación filial con Dios Padre, creador de todo cuanto existe. Lo mismo ocurre con todas las experiencias sacramentales después del

Bautismo. La Iglesia, en última instancia, es una comunidad de mujeres y hombres creados a imagen y semejanza de Dios que participamos del Misterio Pascual de Jesucristo por el Bautismo y la vida sacramental de la Iglesia, que hacemos realidad la experiencia Trinitaria en el aquí y en el ahora de la historia, y somos testigos vivos de esa relación.

La Iglesia y el Misterio Pascual de Jesucristo

Con frecuencia nos preguntamos cuál es la mejor manera de entender lo que significa ser Iglesia. La pregunta tiene sentido puesto que cada día nos encontramos con un sinnúmero de afirmaciones sobre la Iglesia, algunas positivas, otras negativas, y aún otras un poco confusas. No es difícil encontrar personas que dicen haber “dejado la Iglesia” pero afirman seguir siendo cristianos o católicos practicantes. Otros dicen que aceptan a Dios y a Jesucristo, pero no quieren saber de la Iglesia como institución. ¿Es posible vivir una fe cristiana auténtica sin la Iglesia?

Haciendo eco a las Sagradas Escrituras y a cerca de dos mil años de reflexión, la tradición católica nos enseña claramente que la única manera de ser Iglesia es viviendo en comunión íntima con Jesucristo. No se puede entender a la Iglesia sin Cristo Jesús. Pero esa afirmación debe completarse. Es contradictorio y equívoco hablar de Jesucristo sin la Iglesia. Varios documentos eclesiales contemporáneos nos recuerdan esto, especialmente la *Constitución dogmática sobre la Iglesia*, promulgada por el Concilio Vaticano II. El *Catecismo de la Iglesia Católica* es otro buen recurso que resume varias de estas convicciones (cf. n. 748-975).²

Hablar de Jesucristo es hablar de la Iglesia; hablar de la Iglesia es hablar de Jesucristo. No podemos separar estas dos

realidades íntimas, pues hablamos de un Cristo Total (*Christus Totus*, en latín): Cristo la cabeza; la Iglesia su cuerpo. De hecho, una de las imágenes eclesiales más comunes a través de los siglos es la de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 790-795). La Iglesia por consiguiente es una expresión del amor divino por medio de la cual Dios nos comparte su gracia—es decir su vida. Quienes somos parte de la alianza nueva que Dios ha sellado con la humanidad solo podemos participar de esa gracia divina por medio del misterio de Jesucristo, el Señor Resucitado.

El Misterio Pascual, por consiguiente, es uno de los elementos fundamentales para poder entender lo que significa ser Iglesia. Gracias al Misterio Pascual, la Iglesia como comunidad de fe, cuerpo viviente de Jesucristo resucitado, posee un carácter sacramental. Por eso el Concilio Vaticano II en su *Constitución dogmática sobre la Iglesia* nos recuerda que la Iglesia es “sacramento universal de salvación” (cf. *Lumen Gentium*, n. 48). El sacramento universal de salvación es, por supuesto, Jesucristo. Sin embargo, como la Iglesia es Cuerpo de Cristo también podemos hablar de la Iglesia como sacramento universal de la salvación. La Iglesia es al mismo tiempo signo de la salvación divina e instrumento de esa salvación que recibimos en Cristo Jesús.

Al hablar de la Iglesia como instrumento y sacramento universal de salvación, hablamos simultáneamente de una realidad que “ya es” y que “habrá de venir”. La Iglesia como instrumento y sacramento no es algo que hay que esperar a que ocurra en un futuro indefinido o algo que nunca hayamos experimentado. ¡Ya es y ya lo estamos experimentando . . . aunque no definitivamente! Nos encontramos, entonces, con la realidad de que la Iglesia está llamada a ser en perfección lo que ya es en su presente histórico. Esto es lo que se conoce como dimensión escatológica, es decir una realidad que apunta al futuro que

habrá de venir mientras que ya se nos concede participar en el presente de aquello que se espera.

Desde esta perspectiva aprendemos que la gracia pascual que experimentamos, la gracia de salvación que Jesucristo nos ha procurado con su misterio, construye y anima a la Iglesia de una manera particular por medio de los sacramentos. Por ejemplo, el sacramento del Bautismo nos hace miembros de la Iglesia y del Misterio Pascual del Señor, unidos a él, venciendo la muerte, al pecado y al demonio, y resucitando a una vida nueva. El Bautismo nos abre el camino para continuar participando de la vida sacramental de la Iglesia y nos concede el Espíritu Santo que nos enseña y nos guía como Iglesia.

El sacramento de la Confirmación ratifica la presencia del Espíritu Santo no solo en nuestras vidas como individuos, sino también en la Iglesia como comunidad. El Espíritu Santo sigue siendo efectivo y nos envía a ser y a hacer Iglesia por medio de la misión y el testimonio.

El sacramento de la Eucaristía alimenta a todos los miembros de la Iglesia con la presencia real de Jesucristo, con su Cuerpo y con su Sangre; transforma a todos los miembros de la Iglesia que celebramos esta experiencia fascinante y la recibimos por medio de la comunión. La Eucaristía realiza a la Iglesia porque es obra de Jesucristo mismo. La Iglesia reunida como comunidad eucarística envía a la misma Iglesia sostenida por la Eucaristía a dar testimonio del misterio celebrado y del mensaje del Evangelio.

Por medio del sacramento de la Reconciliación nuestros pecados son perdonados y nuestras vidas restauradas gracias al amor misericordioso de Dios. Este sacramento facilita la unidad eclesial y sana las heridas que impiden la comunión con Dios, con otras personas, e incluso con el orden creado.

El sacramento de la Unción de los Enfermos fortalece a los miembros de la Iglesia que sufren por causa de sus dolencias

y fomenta la solidaridad a través de la oración. Al estar íntimamente ligado a los sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación, la Unción de los Enfermos se convierte en un instrumento clave para facilitar la comunión eclesial.

El Orden Sacerdotal, sacramento de servicio, consagra a quienes son llamados a seguir a Jesucristo y servirle por medio del sacerdocio ministerial. Una de las responsabilidades más importantes de los ministros ordenados es celebrar los sacramentos que sostienen la vida de la Iglesia.

Por último, el Matrimonio concede la gracia necesaria para hacer presente el amor del Dios Trinidad en la vida de la familia, la cual es a su vez iglesia doméstica. El Matrimonio, el segundo sacramento de servicio, construye la Iglesia por medio del amor y de la vivencia profunda de la fe en la vida diaria de la familia.

Contemplamos así cómo los sacramentos construyen y animan a la Iglesia, y nos dan vida gracias al Misterio Pascual de Jesucristo. Al hacer esto, descubrimos que son profundos momentos de amor que hacen realidad la unión íntima que existe entre la Iglesia y el Señor en la vida diaria. Lo cotidiano del encuentro con la gracia divina también se hace realidad por medio del uso de los sacramentales (ej., agua bendita, medallas, lugares de peregrinaje, santuarios, imágenes, etc.). Estos también construyen la Iglesia de una manera más sencilla y popular, es decir, como expresiones “del pueblo”, aunque siempre teniendo como horizonte la vida sacramental y la vida de oración de la Iglesia en el contexto de la Tradición.

La Iglesia como Pueblo de Dios

Ahora bien, si nos preguntásemos cuál es la mejor imagen para referirnos a la Iglesia, seguramente entraríamos en un debate teológico y espiritual interesante puesto que hay bastantes imágenes que dicen mucho sobre la experiencia de ser Iglesia. Hay